

**CREER Y  
COMPRENDER**

365 reflexiones  
para un cristianismo integral



# CREER Y COMPRENDER

365 reflexiones  
para un cristianismo integral

Arturo Iván Rojas



editorial clie

**EDITORIAL CLIE**  
C/ Ferrocarril, 8  
08232 VILADECAVALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [libros@clie.es](mailto:libros@clie.es)  
<http://www.clie.es>



© 2011 Arturo I. Rojas

© 2011 Editorial CLIE

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org) <<http://www.cedro.org>> ) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».*

---

**CREER Y COMPRENDER. 365 Reflexiones para un cristianismo integral**

ISBN: 978-84-8267-560-2

Clasifíquese: 2160 - Meditaciones diarias

CTC: 05-31-2160-16

Referencia: 224755

---

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

## PRÓLOGO

---

Este no es un devocional al uso, aunque podría serlo perfectamente, lo único que, en lugar de comenzar cada reflexión con una cita bíblica termina con ella, a modo de conclusión que refrenda cada reflexión y pensamiento. Se podría decir que en esta obra el autor lleva «cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Cor 10:6). La Escritura es como el mar al que deben afluir nuestros pensamientos de un modo natural, lógico, movidos por la luz de la fe. De esta manera, por la simple deducción de los hechos y de las ideas el lector queda gratamente iluminado por la autoridad de la Escritura sagrada, que refrenda o reprocha la escritura profana.

Creo que esta es una obra extraordinaria en muchos aspectos, tanto en su propósito como en su ejecución, en su forma y en su contenido. Para entenderlo bien hay que recordar las palabras que dicen: «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12:34; Lc 6:45) y la persona que escribe.

A mí me parece que el autor de esta obra es un ejemplo paradigmático del potencial de la fe cristiana para renovar la vida humana en todos aquellos aspectos que la constituyen: alma, mente, voluntad, corazón, espíritu, razón, intelecto. La fe lleva al autor a descubrir la nueva vida en Cristo, a gozar de esa asombrosa salvación de gracia por la cual los pecados son perdonados y el acceso al Padre es abierto al pecador arrepentido. Y esa misma fe, que salva del pecado, enardece el corazón y eleva el espíritu, es la misma que ordena los sentidos, ilumina la mente, mueve la razón, de modo que, gracias a la fe, la razón arruinada por el pecado pasa a ser una razón regenerada, sin dejar de ser razón, facultad de discernimiento, crítica, análisis, reflexión. La gracia de Dios no destruye la naturaleza —pobres de nosotros si este fuera el caso— sino que la perfecciona, la santifica. La razón *renovada* —¿cómo podría ser de otro modo en el nacido de nuevo!— procede a ver todas las cosas a la luz de la revelación, participando de la creación de una cosmovisión cristiana que afecta a la persona en su integridad. Este es el propósito implícito del autor en todas y cada una de sus páginas: promover un cristianismo *integral* que vigore e ilusione la vida de los individuos y de las iglesias.

El pecado, manifestación enfermiza de la persona centrada en sí misma, o más bien, en una parcela de sí misma, en su *ego* como centro del universo, es básicamente *desintegración* —personal, social y comunitaria— desorientación, desatino continuo, por lo que la razón, facultad de pensar, pero también de orientación, de brújula de la vida, se ve sometida a una violencia constante de autodefensa y autojustificación de las nefastas acciones y decisiones del *ego*. Se vuelve ciega de puro narcisismo, se ahoga en su propia imagen, incapaz de creer y comprender cualquier otra cosa que no sea su pequeña bola de cristal, entendida como el centro del mundo.

Cuando la fe rompe ese hechizo, esa auténtica maldad que ciega, atropella y encierra la vida en una diminuta cápsula caprichosa, la razón es liberada, recupera su facultad de discernimiento elevada a su máxima potencia. Participa, con la persona toda, del milagro de la nueva creación obrada por el Espíritu de Dios: «si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí que todas son hechas nuevas» (2 Cor 5:17). Mente, alma, cuerpo y espíritu se abren a la gracia de Dios en un movimiento de expansión que rompe la cárcel del yo para integrarse en el amor universal del Padre, que le devuelve a sí y a sus hermanos. Lo desintegrado se integra en la unidad superior de la fe.

El autor, Arturo Iván Rojas, de quien leeremos muchas cosas más en el futuro, entiende esto perfectamente y, por eso, lejos de contentarse con el seráfico sentimiento de saberse salvo, hizo de su vida una suma de contenidos, conforme al consejo del apóstol que dice: «vosotros también, poniendo toda *diligencia* por esto mismo, *añadid* a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo» (2 P 1:5-8).

Me consta que Arturo Iván ha *añadido* muchas cosas buenas a su vida, y la prueba evidente son sus obras, tangibles en estos dos libros —*Razones para la fe* y *Creer y comprender*— en los que ha puesto el rico caudal de lecturas y conocimientos adquiridos a lo largo de los años al servicio de los lectores en pro de un cristianismo integral, que integre, que antes de condenar comprenda, que crea para comprender y comprenda para creer. Anclado en todo momento en la Palabra de Dios como máxima autoridad y criterio último de toda verdad y práctica, no por eso ha dejado de dialogar con infinidad de autores ni de leer sus obras, para confrontar y ser confrontado en su fe. Para saber y hacer saber. Y de esa abundancia de lecturas y saberes habla su pluma con un corazón enardecido y arrebatado por la verdad de Cristo, iluminando aspectos de la teología, de la fe, de la cultura, de la política, de la economía, de todo aquello que interesa al creyente de hoy.

Me parece extraordinario que, pudiendo hacerlo, Arturo Iván Rojas, haya huido del clásico formato monográfico de tesis, de más prestancia académica, y haya elegido en su lugar un formato tan humilde como el de reflexiones o pensamientos diarios, reservado casi en exclusiva para obras devocionales, de carácter *menor*, pero de tan largo alcance que cumple con uno de los requisitos básicos de la comunicación y la sabiduría: hacerse oír, llegar al que no frecuenta aquel tipo de obras e ilustrar al que no sabe.

Con ello consigue acercar al lector común, incluso al menos interesado en temas intelectuales, a cuestiones que van más allá de las simples meditaciones cotidianas y lo introduce en el rico legado del pensamiento universal, teológico, filosófico y literario, en una serie de reflexiones diarias, fáciles de leer, pero sin dejar a un lado el rigor. De esta manera, el lector, conducido suavemente de la mano, sin cansarse, en un sano ejercicio mental que no le lleva más de un par de minutos, cada día es invitado a reflexionar y plantearse una nueva cuestión, no ociosa sino vital para su vida como individuo y como miembro de una comunidad.

Cada página es una agradable y retadora sorpresa sobre una multitud de temas que impresionan nuestras mentes, pero cuyo contenido no siempre tenemos tiempo de valorar, y que el autor trata desde la fe y la razón que se alimentan de la Escritura: *creer para comprender, comprender y creer.*





*A mi madre Ligia Ruiz de Rojas,  
por conducirme a creer.  
Al pastor Darío Silva-Silva,  
por estimularme a comprender.*



## Prefacio

---

Agradezco a la editorial CLIE la confianza que me brinda al publicar este segundo devocional bajo el título *Creer y Comprender*, que creo representa una leve pero significativa evolución y maduración en mi pensamiento teológico respecto del anterior, publicado bajo el nombre *Razones para la Fe*. Maduración que me atrevo a afirmar será percibida y bien recibida por los lectores que llegaron a disfrutar constructivamente en su momento de la lectura de este último. Reitero aquí, sin repetir las una a una, las afirmaciones y recomendaciones que dirigí a los lectores en el prefacio del primer libro. La única que considero importante mencionar nuevamente es mi compromiso invariable con el lema *Sola Scriptura* propio de la tradición cristiana protestante en la que me inscribo, a mucho honor. Cada día que pasa mi experiencia cotidiana de fe confirma y refuerza la confianza que la Biblia me ha merecido desde el día de mi conversión a Cristo y asimismo aumenta el deleite que su lectura me produce, identificándome con el salmista cuando se refería a ella en el salmo 19 diciendo que es más deseable que el oro refinado y más dulce que la miel que destila del panal. A veces pienso que incluso se quedó corto al describirla de este modo. Sea como fuere, mi subordinación a la Palabra de Dios como el último y definitivo tribunal de apelación para toda discusión teológica o con ribetes teológicos que tenga implicaciones en la conducta humana, no es algo negociable. El diálogo que emprendo con la cultura secular en las reflexiones aquí contenidas está, por tanto, lejos de ser una acomodación de la Biblia a la cultura, sino que intenta ser más bien una conciliación entre la cultura y la Biblia, alineando a la primera con la última. El lector culto e inquisitivo de la posmodernidad no puede esperar entonces ninguna concesión al pensamiento secular en el sentido de equiparar su autoridad con la de las Sagradas Escrituras. Cumpló así con advertirlo y desengañarlo de cualquier expectativa que tenga en esta dirección.

Es justo expresar también mi agradecimiento a todos mis consiervos y hermanos de mi iglesia Casa Sobre la Roca en Colombia, Estados Unidos y España, que siempre me

han estimulado a seguir escribiendo y culminar esta segunda obra. Entre todos ellos merecen destacarse, una vez más, mi esposa Deisy y mis hijos «Teo» (Mateo Arturo) y «Chechi» (María José) por su apoyo y comprensión a lo largo de todo un año en que este proyecto ocupó buena parte de mi tiempo y exigió en múltiples ocasiones una ardua dedicación que iba en detrimento del tiempo y atención que les debo a ellos. No fue siempre fácil para ninguno de nosotros, pero lo logramos juntos y por esta causa los seguiré amando especialmente.

También merece una mención particular el Dr. Alfonso Roper Berzosa, reconocido autor y pensador cristiano, actual editor general de CLIE, a quien respeto y admiro. Su amistad personal ha sido una muy apreciada bendición para mi vida. He procurado tener siempre en cuenta sus cualificados puntos de vista —tanto los que manifiesta en sus libros como los que me ha expresado de manera más personal— los cuales han contribuido a madurar mi propio pensamiento. Su apoyo también ha sido fundamental. Dicho lo anterior, doy la bienvenida al lector a este periplo de un año que confío le sea de provecho.

# 1

de Enero

## La cobardía

«NADA es más cobarde que fingirse valiente delante de Dios»

BLAS PASCAL<sup>1</sup>

Cobardía y valentía son nociones enfrentadas y antagónicas. La primera es despreciada y censurable (Ap 21:8). La segunda es elogiada y deseable (Jos 1:7-9). Con todo, a no ser que estén en juego asuntos de vida o muerte, el cobarde no suele generar más que algo de fastidio en los que lo rodean, sobre todo si su cobardía se limita a asuntos triviales como, por ejemplo, el miedo a los ratones o el temor a las inyecciones, entre otros tantos. Pero lo que sí puede agravar la cobardía y la percepción que otros tienen del cobarde es el fingimiento ostentoso y desafiante por el cual este presume ser valiente sin serlo. Podemos tolerar la cobardía por sí sola, pero no la cobardía unida a la hipocresía (Lc 12:1). Y esto es así porque sabemos a qué atenernos con un cobarde en una situación extrema, pero no con el que además de cobarde, es hipócrita. En otras palabras, no estamos engañados ni con expectativas irreales respecto del cobarde manifiesto, pero sí lo solemos estar en el caso del cobarde encubierto que presume de valentía, con evidente riesgo para nuestra vida si, engañados, hemos depositado nuestra confianza en quien creíamos valiente. Por eso la cobardía máxima es la del cobarde que se finge valiente. Porque aun para reconocerse cobarde se requiere algún grado de humilde valentía. Valentía mínima de la que carece el cobarde que finge. Ahora bien, el ser confrontados personalmente por un Dios justo y santo debería ser algo intimidante en grado sumo para toda persona consciente de su pecado. Aquí la cobardía estaría más que justificada para todos los seres humanos y debería incluso ser la norma. Ante Dios el tratar de huir por nuestra vida sería algo de simple sentido común. Es, pues, inútil pretender resistirnos y luchar contra Dios fingiendo valentía y la única manera de triunfar cuando nos enfrentamos a Dios es, entonces, rindiéndonos por completo a Él. Porque lo único que se logra al fingir valentía ante Dios es, como en el caso del emperador romano Juliano, apodado «El Apóstata», o el más reciente de José Stalin; un puño impunemente levantado al cielo, en postrero y desesperado gesto de fingida pero totalmente infructuosa valentía<sup>2</sup>:

*El impío se ve atormentado toda su vida, el desalmado tiene los años contados [...] y todo por levantar el puño contra Dios y atreverse a desafiar al Todopoderoso.*

Job 15:20, 25 NVI

# 2

de enero

## Resucitaciones clínicas

---

«NO ME cabe duda de que nos encontramos ante una mente en acción [...]. Y está perversamente empeñada en que nunca podamos demostrar su existencia»

RANDALL SULLIVAN<sup>3</sup>

La ciencia estudia hoy los episodios protagonizados por personas que habiendo sufrido muertes clínicas más o menos prolongadas, regresan a la vida y narran de manera vívida inquietantes experiencias que trascienden el mundo material, pudiendo describir de manera exacta y detallada el entorno en que se encontraban cuando supuestamente estaban por completo inconscientes e incapaces de observar lo que estaba teniendo lugar a su alrededor<sup>4</sup>. Sin embargo, no obstante la recopilación y clasificación metódica de estos testimonios, la ciencia es incapaz de demostrar o negar la existencia real de ese orden de realidad trascendental descrito por los que lo han experimentado en el contexto de la muerte clínica. Es así como, paradójicamente, estamos obteniendo y estudiando cada vez más «señales» de otro mundo, pero al mismo tiempo y a pesar del avance de la ciencia, somos cada vez más impotentes para llegar a conclusiones indiscutibles con fuerza de ley en relación con ese mundo y con quienquiera que se encuentre detrás de él. La única forma de acceso a este mundo sigue siendo, entonces, la fe; esta exige una decisión de la voluntad para la que la ciencia no puede ni podrá nunca proveer suficiente apoyo al punto de que la fe se llegue a convertir en una decisión absolutamente lógica y racional. El «salto de la fe»<sup>5</sup> sigue siendo entonces ineludible para todo el que pretenda ser cristiano. Hoy por hoy es muy difícil seguir negando, desde una perspectiva científica, que nos encontramos ante una mente en acción, la mente de Dios, pero también es cada vez más claro que nunca podremos demostrar su existencia, no debido a una intención perversa de la mente divina, sino a que Dios no quiere forzar nuestra decisión respetando así la libertad de decisión que nos otorgó, decisión que una vez tomada a favor de Cristo conforme a su revelación en la Biblia y en la historia, nos permite disfrutar del deleite de vivir por fe y no por vista (2 Cor 5:7). Así pues, las resucitaciones clínicas de hoy pueden, guardadas las proporciones, cumplir nuevamente el papel que cumplió en su momento con algunos la resucitación milagrosa de Lázaro:

*Muchos de los judíos [...] fueron a ver no solo a Jesús sino también a Lázaro, a quien Jesús había resucitado [...] por su causa muchos se apartaban de los judíos y creían en Jesús.*

Juan 12:9, 11 NVI

## La autoridad de Cristo

«NO IMPORTAN tanto las palabras, sino quien las dice»

LEWIS CARROLL<sup>6</sup>

El acercamiento tradicional al estudio de la persona de Jesucristo ha girado alrededor del esquema que distingue entre la naturaleza divina y la humana, que convergen simultáneamente en él y hacen de él Dios y hombre al mismo tiempo. Este acercamiento ha conllevado el peligro siempre latente de ir más allá de la necesaria *distinción* entre ambas naturalezas y proceder entonces a la *separación* entre ellas, dividiendo así a Jesucristo en partes, en perjuicio de la unidad de ambas naturalezas fundidas en el crisol indivisible e inseparable de la personalidad individual de nuestro Señor Jesucristo; o de terminar dándole mayor énfasis a una de las naturalezas en detrimento de la otra. Ambos extremos condujeron a variadas herejías en la antigüedad que, después de mucho debate por parte de los teólogos y dirigentes de la Iglesia, se resolvieron con la redacción de los tres credos de la iglesia primitiva<sup>7</sup> y del documento conocido como la «Definición de fe de Calcedonia» en el concilio ecuménico del mismo nombre<sup>8</sup>. Con el advenimiento del liberalismo teológico en el siglo XIX se propuso un nuevo esquema para acercarse al estudio de la persona de Cristo que distingue en Él tres aspectos, a saber: su identidad (quién era), sus acciones (qué hizo), y sus palabras (qué dijo). Pero en este novedoso e interesante acercamiento acechan también los mismos peligros que en el tradicional, esto es, dividir y separar estos tres aspectos entre sí o enfatizar uno de ellos en detrimento de los otros. Es así como desde el siglo XIX hasta hoy la teología ha puesto un énfasis arbitrariamente selectivo en sus acciones de índole social<sup>9</sup> en detrimento de su identidad y sus palabras<sup>10</sup>, o un énfasis igualmente arbitrario y selectivo en sus enseñanzas (sus palabras), en perjuicio de su identidad y sus acciones<sup>11</sup>. Porque la vigencia de las acciones y palabras de Jesucristo está indisolublemente ligada a su declarada identidad divina, de donde si se niega esta última, las primeras se quedan sin base alguna, por excelsas que nos parezcan, como lo da a entender el propio Señor Jesucristo (Mt 5:22, 28, 32, 34, 39, 44; 12:36; 19:9; Jn 13:19) y lo confirman los que lo conocieron:

*La gente se asombraba de su enseñanza, porque la impartía como quien tiene autoridad y no como los maestros de la ley.*

Marcos 1:22; NVI

# 4

de enero

## Distinguiendo para unir

---

«SOLAMENTE hay paz si se mantienen las distinciones»

KARL BARTH<sup>12</sup>

Las distinciones evitan confusiones innecesarias e inconvenientes, pero con frecuencia incurren en el extremo opuesto de llegar a dividir y separar aspectos que, a pesar de ser distintos, deben mantenerse unidos en pro de una correcta comprensión de estos, sin perjuicio de sus diferencias. Las distinciones no riñen con la unidad y complementariedad entre aspectos diferentes de una misma realidad. Es posible y necesario, por ejemplo, *distinguir* conceptualmente entre la naturaleza humana y la divina de Jesucristo; o entre su identidad, sus acciones o sus palabras; pero no es posible *separar* estos aspectos complementarios de la personalidad única e indivisible de nuestro Señor sin correr el riesgo de no hacerle justicia en el proceso o aun de terminar fomentando herejías de manera inadvertida. Asimismo, hombres y mujeres somos ambos seres humanos (Gn 1:27), de tal modo que las distinciones de género, si bien son necesarias, no deben utilizarse para dividirnos o separarnos propiciando enfrentamientos o «guerras de sexos» a la manera del feminismo actual, con sus extremistas androfobia y misandria<sup>13</sup>, o del tradicional machismo chovinista y su frecuente acompañante: la misoginia<sup>14</sup>; sino que es justamente nuestra común y compartida condición humana la que hace posible la constructiva y legítima unión entre hombre y mujer en el vínculo matrimonial (Gn 2:24; Mt 19:5-6; Mr 10:7-9), sin que las distinciones y contrastes de género sean obstáculo para ello, sino que, por el contrario, son justamente estas las que hacen interesante, atractiva y deleitosa la relación activando así todo el potencial benéfico que hay en ella. De manera análoga, la imagen y semejanza divinas plasmadas en el ser humano por Dios al crearlo (Gn 1:26-27), son las que, gracias también a las obvias y ostensibles distinciones, diferencias o distancias entre criatura y Creador; hacen posible no solo la encarnación de Dios como hombre en la persona de Jesús, sino también la paz con Dios (Ro 5:1), mediante la unión personal e íntima del ser humano con Él en virtud de la fe en Cristo, según lo afirma el apóstol Pablo de manera categórica y concluyente:

*... el que se une al Señor se hace uno con Él en espíritu.*

1 Corintios 6:17 NVI



## Capitalismo, comunismo y reino de Dios

«BAJO el capitalismo, el hombre explota al hombre. Bajo el comunismo, es justamente lo contrario»

J. K. GALBRAITH<sup>15</sup>

Con ingenioso y divertido sarcasmo, Galbraith señala de un plumazo el aspecto censurable e injusto de sistemas económicos tradicionalmente enfrentados, emparetándolos entre sí. En razón de ello, la iglesia de Cristo no debe asumir posturas políticas restrictivas y excluyentes, afiliándose a ideologías políticas de ningún corte en particular, pues Cristo no avaló ni descalificó ningún sistema político o económico como tal, sino que más bien fomentó la promoción y el establecimiento de la justicia social en todos los sistemas políticos sobre la base del amor, el respeto, la libertad y la consecuente responsabilidad que atañe a todo ser humano, a los creyentes en particular. Corresponde entonces a cada cual evaluar en conciencia, a la luz del evangelio y con cabeza fría, la doctrina política o el sistema económico de sus afectos. Es probable que al hacerlo todos ellos muestren debilidades y fortalezas que hacen que ninguno pueda ser descalificado sin más o aceptado a ojos cerrados, pues todos poseen elementos positivos y negativos a la luz del mensaje del evangelio y por eso ninguno puede erigirse como el sistema político o económico avalado por Dios, desechando a los demás en el proceso, pues en última instancia todos ellos pueden, no obstante sus mayores o menores fallas estructurales, llegar a hacer contribuciones valiosas al establecimiento de la justicia social. Dio en el punto Juan Antonio Monroy al afirmar: «A Dios no le interesan las ideas políticas, sino los hombres. Se puede ser de izquierdas, de derechas o de centro, y se puede vivir con Dios en el alma. Los partidos políticos son invenciones de los hombres, no de Dios. Dios no rechaza a los de izquierdas; son estos quienes, en su mayoría, se desentienden de Dios. El tono de voz es el mismo en Dios cuando llama a los derechistas o a los izquierdistas. Las barreras políticas se levantan en la tierra, no en el cielo»<sup>16</sup>. Tiene que ser así puesto que el único sistema de gobierno perfecto es el reino de Dios y nuestra responsabilidad es recrear hasta donde esté a nuestro alcance, —pero reconociendo el carácter siempre imperfecto de nuestros esfuerzos—, las condiciones de este reino, relacionadas así en las Escrituras:

*El reino de Dios no es cuestión de comidas o bebidas sino de justicia,  
paz y alegría en el Espíritu Santo.*

Romanos 14:17 NVI

# 6

de enero

## Iglesia y democracia

---

«LA CAPACIDAD del ser humano para la justicia hace posible la democracia; pero la inclinación del ser humano hacia la injusticia hace necesaria la democracia»

REINHOLD NIEBUHR<sup>17</sup>

Uno de los rasgos que caracteriza a las denominaciones evangélicas es su forma de gobierno, siendo las más representativas de ellas el gobierno episcopal, el presbiteriano y el congregacional. En la actualidad los dos últimos gozan tal vez de mayor reconocimiento secular en vista de su afinidad con el ideal democrático de las sociedades modernas. Y si bien hay que reconocer las bondades de la democracia como una de las formas de gobierno secular más benéficas y desarrolladas, no por eso es perfecta. Bien lo dijo con humor un defensor de la democracia: «La democracia es el peor sistema de gobierno que existe, con excepción de los demás». Preocupa entonces que en el marco de las actuales democracias se haya vuelto popular la creencia en que «la voz del pueblo es la voz de Dios», presunción que ha demostrado ya de sobra ser nefasta en muchos casos de nuestra historia. La Biblia nos revela que la iglesia no es propiamente una democracia sino una teocracia y por lo tanto sus formas de gobierno no pueden estructurarse ni guiarse irreflexivamente a la luz del ideal democrático moderno. En el Concilio de Jerusalén vemos que Santiago, —el hermano del Señor y dirigente de esta congregación—, habiendo escuchado a los apóstoles y demás dirigentes de la iglesia fue, no obstante lo anterior, quien tomó la decisión final que afectaría a toda la iglesia (Hch 15:1-20), decisión que no se sometió a voto popular. Y aun en el caso de la elección del sucesor del malogrado apóstol, Judas Iscariote, el recurso a las suertes estuvo precedido por la siguiente oración: «Señor, tú que conoces el corazón de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido...» (Hch 1:24). En esta línea, las decisiones que involucraban la elección de individuos particulares para un servicio o desempeño especial eran tomadas en oración por la dirigencia de la iglesia primitiva bajo la guía del Espíritu Santo y no mediante plebiscito, referéndum o consulta popular (Hch 13:1-3). Así pues, en la iglesia con especialidad, es Dios entonces quien elige, como nos lo reveló el Señor:

*No me escogieron ustedes a mí, sino que yo los escogí a ustedes y los comisioné para que vayan y den fruto, un fruto que perdure...*

Juan 15:16 NVI

## Ciencia y cristianismo

«LOS QUE rechazan a los dioses tienden a ser olvidados. No deseamos conservar el recuerdo de escépticos como ellos, menos aún sus ideas»

CARL SAGAN<sup>18</sup>

El no recurrir a Dios como explicación o hipótesis para comprender el funcionamiento de los fenómenos que nos rodean y afectan nuestra vida, no implica necesariamente ese rechazo absoluto del reconocimiento de lo divino que suele designarse como *ateísmo*, conocido más exactamente como *increencia* o *incredulidad* desde la perspectiva de la fe. De hecho, los paganos acusaron a los primeros cristianos de ateos por cuanto estos rechazaban a los dioses de las mitologías griega y romana, así como a las deidades propias de las religiones de misterio por entonces en boga (1 Cor 8:4-6). Y es que el cristianismo, sin dejar de afirmar la realidad divina tal y como se nos revela en la Biblia<sup>19</sup>, es una doctrina desmitificadora y antisupersticiosa que no riñe entonces con la ciencia y su método experimental y objetivo, sino que más bien lo fomenta. En otras palabras, la ciencia puede ser atea en el método, pero no debe serlo en sus motivos. Y del mismo modo en que Sagan afirma en el encabezado que los primeros promotores de una incipiente ciencia en la antigüedad fueron olvidados debido supuestamente a su escepticismo radical hacia la realidad divina, lo cierto es que los científicos de la actualidad<sup>20</sup> también han olvidado de manera sospechosamente sesgada que el impulso y los logros de la ciencia moderna se deben a una pléyade de devotos creyentes cristianos, cuya fe y conocimiento de la Biblia los impulsó a buscar sistemáticamente la revelación del orden de Dios (1 Cor 14:33, 40), en la naturaleza y en el universo en general (Sal 19:1-4; Ro 1:19-20), con la convicción de que ese orden asociado a Dios no solo se reflejaría en el establecimiento de las leyes morales para la humanidad, sino también en el establecimiento de leyes naturales que deberían regir el funcionamiento de todo el mundo material, leyes a cuya búsqueda estos primeros científicos cristianos se dedicaron con pasión religiosa y en cuyos logros se apoyan hoy, les guste o no, esos científicos agnósticos y ateos que edifican sobre el fundamento de aquellos<sup>21</sup>. Después de todo:

... *el Señor da la sabiduría; conocimiento y ciencia brotan de sus labios.*

Proverbios 2:6 NVI

# 8

de enero

## La tragedia del comunismo

---

«La electricidad reemplazará a Dios»

LENIN<sup>22</sup>

Hoy por hoy es común pensar en Dios como una mera energía, al estilo de la justamente llamada «fuerza» en las películas de la saga de *La Guerra de las Galaxias*. Incluso en círculos presuntamente cristianos se ha filtrado esta forma herética de concebir a Dios en grupos que afirman que el Espíritu Santo es solo el nombre que recibe la fuerza o el poder que emana de Dios, en censurable oposición a la ortodoxia cristiana que, al formular la doctrina de la Trinidad, afirma la condición personal del Espíritu Santo al enunciarla de este sencillo modo: «Tres *personas* distintas, un solo Dios verdadero». La relación del creyente con Dios es, entonces, una relación entre personas, siendo el Espíritu Santo una de las que interviene más decisivamente en esta relación. La Biblia describe al Espíritu Santo con características personales, puesto que lo que el ser humano anhela y necesita es una relación interpersonal con Dios más que servirse del poder de Dios de manera impersonal. Esto último es propio de la magia, que pretende dominar las fórmulas de acceso a los poderes espirituales, —incluyendo entre ellos el poder de Dios—, para ponerlos presuntamente al servicio de nuestros intereses egoístas, como si Dios fuera nuestro sirviente y estuviera obligado a servirnos cada vez que accedamos a él a través de la fórmula correcta. El mismo Lenin reconoció su garrafal equivocación al impugnar de forma tan altiva, burda, irreverente y atrevida la realidad divina, haciendo esta confesión después de ver los resultados que trajo la implementación de su sistema político, que pretendió marginar al Dios personal de la vida de los individuos y de la sociedad en general: «Cometí una equivocación. No había duda de que se debía liberar a una multitud oprimida. Pero nuestro método solo provocó más opresión y masacres atroces. Mi pesadilla viva es encontrarme perdido en un océano enrojecido con la sangre de innumerables víctimas. Ahora es demasiado tarde para alterar el pasado, pero lo que se necesitaba para salvar a Rusia eran diez Franciscos de Asís»<sup>23</sup>. En la Rusia comunista y atea quedó así demostrado una vez más lo afirmado por el Señor cerca de 2 000 años atrás:

*... separados de mí no pueden ustedes hacer nada [...]. La mentalidad pecaminosa [...] no se somete a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo.*

Juan 15:5; Romanos 8:7 NVI

## La persecución y la fe

«PARECE que manejamos la persecución mejor que la prosperidad»

SERGEY<sup>24</sup>

La «redención por medio del sufrimiento», asociada fundamentalmente con el cristianismo, hunde sus raíces en el mismo judaísmo del Antiguo Testamento. El historiador Paul Johnson parafrasea lo dicho por Arthur A. Cohen para recordarnos cómo afrontaron el holocausto nazi muchísimos judíos piadosos: «Millares de judíos piadosos entonaron su profesión de fe mientras se los empujaba hacia las cámaras de gas, porque creían que el castigo infligido a los judíos [...] era obra de Dios y constituía en sí mismo la prueba de que él los había elegido (Am 3:2) [...]. Los sufrimientos de Auschwitz no eran meros sucesos. Eran sanciones morales. Eran parte de un plan. Confirmaban la gloria futura. Más aún, Dios no solo estaba irritado con los judíos. Estaba dolorido. Lloraba con ellos. Los acompañaba a las cámaras de gas, como lo había acompañado al exilio»<sup>25</sup>. De hecho, Johnson nos informa que a lo largo de la historia del judaísmo y a partir del exilio babilónico ha existido en él una fuerte corriente que ve siempre con sospecha el poder y el triunfalismo político, pues vislumbra en ello una amenaza contra la pureza y fidelidad del pueblo hacia Dios urdida por Satanás para fomentar sutilmente la relajación y el alejamiento de Dios entre su pueblo (compárese Jer 22:21 con Os 2:14). Un amplio sector de la iglesia primitiva también llegó a la misma conclusión al observar la inquietante transformación que aquella sufrió cuando el emperador romano Constantino promulgó el «Edicto de Tolerancia», al amparo del cual cesó formalmente la persecución y la iglesia comenzó a detentar poder político en detrimento de la autoridad moral que había exhibido y ejercido durante los tiempos de la persecución. El movimiento monástico fue un resultado de esta convicción. Y si bien el cristianismo no debe ser sufriente, sí debe ser sufrido para poder así entender que nuestras oraciones, por fervientes y constantes que sean, no serán respondidas nunca con la eliminación absoluta del sufrimiento bajo las condiciones actuales de la existencia humana, recordándonos de paso una de las más sublimes bienaventuranzas reveladas en el sermón del monte:

*Dichosos serán ustedes cuando por mi causa la gente los insulte, los persiga y levante contra ustedes toda clase de calumnias. Alégrense y llénense de júbilo, porque les espera una gran recompensa en el cielo. Así también persiguieron a los profetas que los precedieron a ustedes.*

Mateo 5:11-12 NVI

# 10

de enero

## La imprevisibilidad de Dios

---

«Dios es libre, y no está sujeto a ninguna limitación. Él debe dictarnos el lugar, la manera y el tiempo»

MARTÍN LUTERO<sup>26</sup>

La soberanía de Dios implica el ejercicio de la libertad divina en su relación con el creyente, sin perjuicio del hecho de que la teología haya atribuido siempre a Dios la invariabilidad, entendida como el atributo divino por el cual Dios *no puede* cambiar y, de hecho, nunca cambia (Heb 13:8; Stg 1:17). Pero ese «no puede» no debe entenderse como algún tipo de impotencia en Dios, sino simplemente como la permanencia sin variación de su esencia<sup>27</sup> y de su carácter personal a través de los tiempos en relación con su creación y, particularmente, en relación con el creyente. Así pues, hay que decir que Dios es invariable para nuestro bien, pues de este modo siempre podemos saber a qué atenernos en cuanto a su carácter personal que nunca cambia de manera caprichosa o arbitraria sino que es fiel a sí mismo y a los suyos. En otras palabras, Dios es eminentemente digno de nuestra confianza absoluta porque una vez que se revela a nosotros en Jesucristo con miras a la salvación, podemos estar seguros de que siempre permanece invariablemente fiel a esta revelación (2 Tm 2:13). Pero es necesario tener también en cuenta que la invariabilidad de Dios no significa que Dios sea previsible en sus actuaciones, de modo que siempre actúe como nosotros lo deseamos, en el momento en que lo deseamos y en el lugar en que lo deseamos. Las promesas divinas de respuesta a las peticiones que le formulamos insistentemente en oración no significan que Él esté obligado a respondernos en los términos exactos en que nosotros lo esperamos, pues la Biblia también nos informa que sus caminos y pensamientos son más altos que los nuestros (Is 55:8-9), de ahí que sus actuaciones sean imprevisibles y siempre sorprendivas e incluso desconcertantes para quienes hemos confiado a Él nuestra vida. C. S. Lewis hizo una gráfica y perfecta alusión a ello en sus *Crónicas de Narnia* refiriéndose al majestuoso león Aslan, símbolo de Jesucristo, con estas reiterativas palabras: «no es un león domesticado», para explicar el carácter imprevisible y a veces desconcertante de sus actuaciones. En último término, la única garantía que tenemos es nuestra confianza en aquel:

*... que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros.*

Efesios 3:20 NVI

## La urgencia de la oración

«Los que están en un barco que se hunde no se quejan de distracciones durante sus oraciones»

HERBERT McCABE<sup>28</sup>

Apartar regularmente un tiempo para la oración no es siempre fácil para la mayoría de los creyentes. Las preocupaciones cotidianas, —muchas veces triviales—, atentan contra ello, al punto que las distracciones parecen estar siempre a la orden del día y muchos asuntos y detalles «urgentes» terminan reclamando nuestra atención en detrimento de la oración. Perdemos de vista que con frecuencia lo que consideramos urgente no es realmente importante, y que lo primero suele más bien desplazar y relegar lo último a segundo plano, con el agravante de que lo importante sí debería ser siempre urgente. Habría, pues, que asumir una perspectiva como la señalada en la frase del encabezado, que va en línea de continuidad con el dicho popular que afirma que «No hay ateos en las trincheras» y con el testimonio personal de aquellos creyentes que han vivido entre el fuego cruzado de un conflicto armado solo para descubrir que «En tiempo de guerra las oraciones se vuelven muy prácticas»<sup>29</sup>. En efecto, las situaciones límite de la vida tienen como beneficio inmediato que nos ayudan a ordenar correctamente nuestras prioridades y nos permiten distinguir con claridad lo verdaderamente importante, —y por lo mismo urgente—, de lo que no lo es. La iglesia primitiva tenía siempre este sentido de urgencia para la oración, motivados por la conciencia que tenían del regreso inminente de Cristo —estímulo que en la actualidad, lamentablemente, hemos perdido, olvidando las palabras del apóstol Pedro al respecto (2 P 3:9-18)—, reforzada por el apremio suscitado en los cristianos de los primeros siglos por las persecuciones sistemáticas contra ellos por cuenta del Imperio romano. Pablo tenía una percepción de este tipo al dirigirse a los Corintios con estas palabras: «Pienso que, a causa de la crisis actual...» (1 Cor 7:26), y en virtud de ello recomienda insistentemente la oración como una actividad siempre urgente (1 Ts 5:17). El ejemplo de María, hermana de Lázaro, es digno de seguir, pues en medio del atareamiento de su hermana Marta, ella sabía que había que aprovechar la presencia física del Señor (Mc 14:7; Jn 12:8), y estar así calladamente a sus pies:

*Marta, Marta —le contestó Jesús—, estás inquieta y preocupada por muchas cosas, pero solo una es necesaria. María ha escogido la mejor, y nadie se la quitará.*

Lucas 10:41-42 NVI

# 12

de enero

## La Biblia: Palabra de Dios

---

«CUANDO no se tiene en cuenta la palabra de Dios se pierde todo el temor que se le debe [...] nunca se hubiera atrevido Adán a resistir el mandato de Dios, si no hubiera sido incrédulo a su palabra»

JUAN CALVINO<sup>30</sup>

Partiendo del reconocimiento de que la Biblia es la palabra de Dios, las diferentes vertientes y denominaciones cristianas a través de la historia han sostenido desacuerdos más o menos significativos en su interpretación en aspectos que, sin embargo, no suelen ser graves por cuanto no desvirtúan ningún aspecto de lo que se conoce como la «sana doctrina»<sup>31</sup>, compartida, sostenida y defendida por toda iglesia que pretenda llamarse cristiana. En realidad, los desacuerdos de fondo surgen cuando se comienza a poner en tela de juicio la Biblia como palabra de Dios. Cuando no se tiene en cuenta la Biblia por lo que es: la Palabra de Dios. Podría decirse que, en rigor, la doctrina de la inspiración divina de la Biblia es el punto de inflexión que distingue y marca los linderos que separan a las posturas teológicas cuestionablemente liberales de las posturas teológicas confiablemente conservadoras<sup>32</sup>. En efecto, para los liberales la Biblia a lo sumo *contiene* palabra de Dios en una proporción indefinida, mientras que para la ortodoxia conservadora la Biblia *es* en su totalidad *la* Palabra de Dios con absoluta exclusividad, al margen de que los individuos la reconozcan o no como tal. Por eso, si bien de manera excepcional algunos personajes especialmente escépticos e intelectualmente dotados llegaron a convertirse al cristianismo después de someter la Biblia a un análisis histórico-crítico concienzudo y libre de prejuicios que los condujo a la convicción de que ella debe ser, ciertamente, la palabra inspirada de Dios; el proceso habitual suele seguir el orden inverso: esto es, experimentar la conversión a Cristo primero y como consecuencia de ello adquirir ipso facto la profunda convicción de que la Biblia es la palabra inspirada de Dios, previo a cualquier análisis crítico de esta. Así pues, la neo-ortodoxia de Barth acierta cuando afirma también que la Biblia *llega a ser* Palabra de Dios para el individuo a partir de su encuentro personal con Cristo en la experiencia de la conversión y no antes de ella. El creyente puede así declarar con Pablo:

*Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra.*

2 Timoteo 3:16-17 NVI



## La conspiración de lo insignificante

«Dios ha escogido cambiar el mundo a través de lo humilde, lo modesto y lo imperceptible [...]. Esa ha sido siempre la estrategia de Dios: cambiar el mundo a través de la conspiración de lo insignificante»

TOM SINE<sup>33</sup>

Muchos cristianos se sienten agobiados ante la magnitud y complejidad abrumadora de los problemas que aquejan a la humanidad, experimentando una sensación de impotencia, desánimo y esterilidad, no obstante orar regularmente por estos asuntos. Nos sentimos tan pequeños que parece que nada de lo que hagamos hará una diferencia significativa en la situación que lamentamos y por la que oramos. Dios entiende como nos sentimos en estos casos, garantizándonos de muchas maneras que las cosas no son necesariamente como las percibimos, exhortándonos con pleno conocimiento de causa a mantenernos «firmes e incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor...», conscientes de que nuestro trabajo en el Señor «no es en vano» (1 Cor 15:58), y asegurándonos también que «... a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos» (Gal 6:9), ya que Él no es injusto como para olvidarse de nuestros pequeños esfuerzos que, como granos de arena, tratamos de aportar para que las cosas cambien favorablemente (Heb 6:10). Así, Dios nos invita a considerar en la historia la manera en que aportes aparentemente insignificantes han terminado haciendo diferencias drásticas, insospechadas y notoriamente favorables en el posterior estado de cosas. La «conspiración de lo insignificante» es una realidad manifiesta en la historia sagrada y en la secular<sup>34</sup>. El autor Max Lucado hace inspiradora referencia a ello una y otra vez en sus libros, recreando las historias bíblicas con su particular y agradable estilo y especulando con base en ellas que «en el Cielo puede que haya una capilla para honrar los usos no comunes que Dios hace de lo común»<sup>35</sup>. Después de todo: «¿Sabes los héroes cuando realizan actos heroicos? Pocas veces [...]. Rara vez vemos a la historia cuando se genera y casi nunca reconocemos a los héroes...»<sup>36</sup>, concluyendo: «Dios usa semillitas para recoger grandes cosechas [...]. Ningún sembrador de semillitas puede saber la magnitud de su cosecha»<sup>37</sup>. Se explica entonces el deleite de Dios al obrar de este modo:

*... escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios [...] lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos [...] lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es...*

1 Corintios 1:27-28 NVI

# 14

de enero

## La incondicionalidad de la fe

---

«NO HAY desgracias que valgan contra quien tiene la seguridad plena de la eternidad»

BLAS PASCAL<sup>38</sup>

Las bendiciones temporales de la vida cristiana deben distinguirse de las bendiciones eternas, no porque riñan entre sí de manera necesaria o porque estemos abocados a la disyuntiva de no poder disfrutar simultáneamente de ambas, sino porque en último término las primeras (las temporales), a pesar de que ostenten un elevado grado de probabilidad en la vida del creyente en virtud de las promesas divinas, no por ello dejan de ser contingentes, mientras que las últimas (las eternas) son ciento por ciento seguras y están garantizadas plenamente, puesto que Dios sabe que son estas las que a la postre todos los seres humanos anhelamos y necesitamos verdaderamente. Es por eso que la vida cristiana no está exenta de vicisitudes. La Biblia deja constancia indiscutible de las pruebas a las cuales está expuesto el creyente en mayor o menor medida. Estas pruebas se presentan en un significativo número de veces como desgracias reales o potenciales que golpean la apacible vida del creyente, cuyo más ilustrativo y proverbial caso es el del patriarca Job. Pero es en estas circunstancias cuando la incondicionalidad de nuestra fe está llamada a sostenernos con la convicción de que las desgracias temporales eventuales de las que seamos víctimas no admiten ni siquiera comparación con las bendiciones eternas que nos están reservadas por Dios (Ro 8:18). El carácter incondicional de nuestra fe, expresado muy bien en su momento por los amigos de Daniel (Dn 3:16-18), y por el propio Job: «He aquí, aunque él me matare, en él esperaré» (Job 13:15 RV60, compárese con Job 1:21-22; 2:10); tiene su raíz en la eternidad, no en lo temporal y es debido a ello que no hay desgracia, por crítica que sea, que valga contra el auténtico creyente, pues la fe arraigada en lo eterno siempre le permitirá sobreponerse a cualquier desgracia temporal que le sobrevenga. Así debemos entender la declaración del Señor en el sentido de no temer a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma (Mt 10:28; Lc 12:4), pero tal vez la más reconfortante y esperanzadora declaración bíblica en medio de la desgracia es la pronunciada por el propio Job desde la profundidad de su drama:

*Yo sé que mi redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte.  
Y cuando mi piel haya sido destruida, todavía verá a Dios  
con mis propios ojos...*

Job 19:25-27 NVI

## La creencia en la vida después de la muerte

«ALGO dentro de mí se afana por creer en la vida después de la muerte. Y no tiene el más mínimo interés en saber si hay alguna prueba contundente de que exista [...]. Se trata de que los humanos se comportan como humanos [...]. De mala gana recorro a mis reservas de escepticismo»

CARL SAGAN<sup>39</sup>

La creencia en vida después de la muerte es innata en todo ser humano (Ecl 3:11). Es algo inherente a nuestra humanidad y constituye uno de los fundamentos —tal vez el principal fundamento práctico— de todas las religiones a través de la historia, de tal modo que es materialmente imposible desligar esta creencia —la existencia de vida después de la muerte— de la existencia de Dios como quiera que se la conciba. Es decir que la creencia en vida después de la muerte siempre conduce a la creencia en Dios, o viceversa. Estas dos creencias se apoyan y refuerzan mutuamente de tal manera que ambas caen o se sostienen juntas. El ateísmo no es entonces de ningún modo una creencia natural en el ser humano, sino algo adquirido a través de la cultura cuando nuestras saludables «reservas de escepticismo» se extralimitan, pretendiendo eliminar creencias universales arraigadas de manera intuitiva e inmediata en nuestra conciencia desde que adquirimos uso de razón. Porque como bien lo confiesa Sagan, el ateísmo en el cual militó él y muchos otros personajes a través del tiempo, es producto de «recurrir a nuestras reservas de escepticismo» de un modo censurable, al llevarlas a enfrentarse incluso en contra de creencias que forman parte de nuestra condición humana al punto que, al rechazarlas, estaremos atentando contra la dignidad humana, deshumanizándonos al negar algo esencial a nuestra condición. De ahí que esto no pueda llevarse a cabo sino «de mala gana» pues implica ir en contra de nuestra propia naturaleza. El ateísmo es, pues, una necesidad y no el resultado de una avanzada intelectualidad, siendo en muchos casos el producto inconsciente y no reflexivo de una contaminante y ominosa atmósfera de ateísmo o indiferencia religiosa que se comienza a respirar en la familia y que se continúa haciendo al integrarse a las patológicamente secularizadas sociedades de hoy<sup>40</sup>. Cobra vigencia entonces lo revelado por Dios al respecto:

*Dice el necio en su corazón: «No hay Dios»...*

Salmo 14:1 NVI